

LA REALIDAD ARQUEOLÓGICA DE LA PATAGONIA AUSTRAL A LA LUZ DEL PANORAMA ETNOHISTÓRICO

Rodolfo M. Casamiquela

1. INTRODUCCIÓN

En este breve trabajo apenas si despuntaré el tema del título, que desgraciadamente escapa a mis posibilidades de documentación y tiempo actuales. El interés de desarrollo, de todos modos, surgió como complemento inevitable de otro trabajo, recién elaborado (Casamiquela, *in lit. I*), en el que he analizado precisamente el panorama cultural del área austral de la Patagonia (incluidos los canoeros occidentales *auctorum*) con enfoque estrictamente etnohistórico. Se remite a él al lector de las presentes líneas para la comprensión general del tema y ciertas definiciones y nomenclaturas particulares, como el concepto de “pueblos metamórficos” o “marginales” (en sentido geográfico). Aquí sólo he de decir que se trata de subrayar la realidad de estas nuevas entidades racio-culturales (etnias), plasmadas con ingredientes cedidos por cazadores superiores y recolectores-cazadores inferiores, en proporción variable según los sitios; la idea se aclarará algo más a través del presente texto.

2. LA REALIDAD ARQUEOLÓGICA. DISCUSIÓN.

Todo lo que he de decir, en esencia, es que prescindiendo de una serie de conjuntos industriales de morfología primitiva definidos principalmente por Menghin y Bórmida, en los últimos tiempos, es evidente que el panorama arqueológico de la costa atlántica y del Estrecho de Magallanes es netamente diferente de aquel del interior de la Patagonia, es decir —me apresuro a hacerlo— por lo menos de la Patagonia septentrional (Chubut, Río Negro). Opino en tal sentido, por ejemplo, que es incorrecta la elección del nombre “Norpatogoniense” (*cf.* Bórmida, 1962) reservado para la industria *patagonoide* o *tehuelchoide* litoral del norte de la Patagonia, desde que, pese a ciertas coherencias destacables, evidencia diferencias importantes con el “Patagoniense” o “Tehuelchense”

del interior, para el que fue creada la definición original o TÍPICA (Menghin, 1952). Baste echar un vistazo a la tipología de las puntas de proyectil¹, a rasgos más sutiles como la presencia de restos de corteza en muchas piezas litorales, a la cerámica, en fin, cuando ésta aparece. Todas ellas, y sin duda varias más, se evidenciarán por sí mismas el día en que se publiquen los materiales con intención comparativa. Por el momento sólo me baso en mis propias observaciones y colecciones (de Río Negro y Chubut en lo fundamental), aunque ellas, si bien muy ricas, traducen sólo rara vez a yacimientos PUROS en lo que a la costa atlántica respecta.

Pero lo cierto es que el observador entrenado puede distinguir con un solo vistazo la procedencia, en esta dualidad, de un conjunto y a veces hasta de un artefacto aislado; piénsese por ejemplo en las pequeñas puntas triangulares de proyectil: son abundantísimas en el área de San Blas-San Antonio O., pero sería vano buscarlas en la región de Ingeniero Jacobacci o en el Chubut medio².

Dejo aparte, repito, a las industrias particulares, bien individualizadas y definidas, como las bautizadas "Puntarrubiense", "Sanmatiense", "Jabaliense" y "Riogalleguense" (cf. Menghin; Bórmida; varios trabajos *in obras citadas*), que a primera vista no pueden ser atribuidas a culturas de cazadores —tema sobre el que vuelvo *infra*.

De todas ellas, el "Riogalleguense", al que Bórmida asigna *grosso modo* una antigüedad de diez milenios, sería para él la industria madre, a través de pasos como los siguientes (1962,54): "...aparte de evolucionar en sus facies meridionales (Riogalleguense II y III) evolucionó en la Patagonia Septentrional de la siguiente manera: por un lado, disminuyendo el porcentaje de los artefactos sobre guijarros a expensas de los hechos sobre lascas, originó el Sanmatiense I y sus facies posteriores. Por otro lado, desarrollando la técnica bipolar, se transforma en el Puntarrubiense; finalmente, desarrollando al máximo la industria de guijarros, dio origen al Jabaliense".

El interés que así presenta el "Riogalleguense" se hace todavía mayor si se recuerda, que, *vide* Menghin (1960, y cf. Vignati, 1934), en la porción meridional del territorio argentino es igualmente esta industria la presunta abuela de otras más recientes, y de tipos morfológicos más o menos aislados que es posible reconocer en Tierra del Fuego³, la margen norte del Estrecho de Magallanes⁴ y, según lo observado, un poco fugazmente⁴, también en la provincia chilena de Aysen, es decir en las lindes de la frontera noroccidental de Santa Cruz.

¹ A la luz de la impresionante conservación de muchos elementos percederos en los yacimientos litorales del Norte Grande chileno, cabe preguntarse cuántas de ellas lo son en verdad y cuántas pertenecen a arpones, etcétera.

² Bórmida lo entiende, por supuesto claramente (1962, 24, nota): "El Patagónico o Tehuelchense y sus facies diacrónicas, tales como las discrimina Menghin, valen principalmente para la Patagonia Meridional, hasta la cuenca del Chubut, aproximadamente. El Patagónico del Río Negro y del sur de la Provincia de Buenos Aires, ofrece notables diferencias y una gran cantidad de facies, relacionadas tan sólo en parte al Patagónico meridional". Con respecto a las puntas (*ibid*) expresa que "deben considerarse una fase especial del Norpatagónico...".

³ Materiales excavados por Vignati en Tierra del Fuego (1927); hallazgos personales en la Isla y en la margen norte del Estrecho.

⁴ Sobre las ricas colecciones y observaciones realizadas por Felipe Bate, investigador novel adscrito a la Sección Arqueología del Museo Nacional de Historia Natural de Santiago.

En cuanto a su gravitación en las secuencias industriales clásicas de las cuevas del Milodon, Fell, etcétera, se traduciría aproximadamente así en las interpretaciones de Menghin (1960): (1) El nivel cultural más antiguo pertenecería a cazadores superiores, aunque en su industria podrían apreciarse "quizá algunos rasgos riogalleguenses"; (2) el nivel segundo (todos *sensu* Bird), en cambio, traduciría la presencia de grupos de cazadores inferiores y recolectores; (3) el tercer nivel no sería culturalmente tan claro: se trataría de cazadores superiores pero en cuya industria se evidenciarían influencias de la otra cultura aludida; (siempre a través de industrias riogallegoides); (4), en los niveles 4 y 5 se traduciría la definitiva radicación de los Tehuelches australes, cazadores puros. Estas interpretaciones de Menghin son bastante diferentes de aquellas de Bird (1938; 1946) y de Empeaire, Laming-Empeaire y Reichlen (1963). Como se verá acto seguido, las mías propias están muy cerca de la posición de Menghin, y precisamente este artículo está destinado a explicitar la índole de las diferencias.

Comienzo por señalar que, aparte de que para mí un "barniz riogallegoide" es claro a lo largo de toda la secuencia, por lo menos de aquella de la cueva Fell, que he podido analizar en parte directamente, ubiqué en su nivel inferior por lo menos un bello artefacto, tipicísimo (rectangular), de talla BIPOLAR⁵ en sus cuatro bordes!

Sintetizando, y aun quemando etapas lógicas e información, quiero concretar el aludido análisis crítico personal de todo el problema. Inevitablemente él habrá de desdoblarse en dos enfoques, el uno de aplicación a la realidad arqueológica y cultural concretas; el otro, de índole puramente teórica.

Con aquél, vislumbro al ámbito arqueológico patagónico argentino-chileno como enmarcado por un arco tendido desde el norte, a lo largo de la costa atlántica, el estrecho de Magallanes y, tal vez, el borde oriental de la Cordillera, con penetraciones hacia el oeste, hasta por lo menos la latitud del límite entre Santa Cruz y Chubut; arco que por el sur se espesa e insinúa como una ancha cuña hasta adentrarse en el corazón de aquella provincia y aun alcanzar al sur de ésta. Estaría constituido por una cadena de industrias emparentadas, de fisonomía *riogallegoide* aunque con especializaciones diferentes, según los sitios y, desde luego, las épocas. Quizá sea, en verdad, falsa esta imagen de un arco *sui generis* y haya que reemplazarla lisa y llanamente por una figura maciza, de costa a cordillera, hasta la latitud señalada, pero por el momento visualizo el panorama según lo expuse. En cuanto a su antigüedad absoluta, no me pronuncio por ahora, si bien tengo la impresión de que tanto en el sur como en el oeste de Santa Cruz, ella es relativamente reciente.

Dentro de su campo se encierran manifestaciones de varias otras industrias, rastreadas principalmente por Menghin⁶, entre las cuales el utilaje de sus Casapedrense y Toldense, varios tipos de pinturas rupestres (como las manos pintadas y estarcidas, y otros); sus relaciones con el cinturón imaginado no me

⁵ Bórmida (1962), es decir tallado sobre lámina y no sobre guijarro, según la definición original de Bordes.

⁶ Personalmente he ubicado (sobre datos del geólogo Rafael Herbst) una industria grosera, con artefactos de tamaño grande hasta enorme y tendencia monofacial, en el área del Bosque Petrificado de Santa Cruz, unos 200 km al noroeste de San Julián; carece de afinidades riogalleguenses. Fue cedida para su estudio a Eduardo M. Cigliano, del Museo de la Plata.

ocuparán aquí. Baste decir que, *vide* Menghin, su Toldense está en la base del Tehuelchense y que lo mismo sucede con el Casapedrense más al norte ⁷, por un lado; por el otro, que en la provincia chilena de Aysen son muy abundantes las pinturas de manos ⁸.

Y bien, corresponde apuntar ahora que, en la línea de mi pensamiento, las industrias australes del cinturón, en general, reflejan una génesis *metamórfica*; más aún, por lo menos en gran parte serían directamente la obra de pueblos de esta naturaleza, *marginales* o *metamórficos* (*cf* supra y Casamiquela, *in. lit.* I). El primer control de la idea, *sine qua non*, debería estar dado por una contraparte racial; y efectivamente, ella existe, según se desprende de la lectura atenta de la bella obra de Bórmida (1953-54): de los tipos craneanos identificados por este autor para la Patagonia, tienen interés para el caso los denominados *Ellipsoides patagonicus*, más antiguo, y *Platistegoides onensis*, precisamente metamórfico. Este último "ocupa en forma maciza y compacta todo el extremo sud de Patagonia, desde el Estrecho de Magallanes hasta un límite norte que, algo convencionalmente, podemos situar en la cuenca del Deseado. En ésta, y cerca de los lagos Colhué-Huapí y Musters el *Platistegoides* aparece también con frecuencia, pero juntamente con el *Ellipsoides patagonicus*. Hacia el sud el área de dispersión del *Platistegoides* se continúa en la Isla Grande de Tierra del Fuego, donde es el tipo craneano más frecuente entre los Ona, quienes deben considerarse como pertenecientes a la misma "*facies*" racial de los Patagones del extremo austral del continente". La cita se completa con la observación complementaria, resultado del incontrovertible análisis del mismo Bórmida, en cuanto a la procedencia genética de dicho modelo craneano: "Admitido que de las dos formas craneanas en cuestión, el *Ellipsoides* es la originaria y el *Platistegoides* la derivada o metamórfica, la simple consideración del área de dispersión de este último, limitada casi exclusivamente al extremo sud de Patagonia, hace seguro que el grupo humano que debió entrar en este proceso de metamorfismo racial fue el Fuéguido. En efecto, los Fuéguidos del extremo sud americano están dispuestos en un vasto arco costanero que abraza por así decir, el área de distribución del *Platistegoides* al este, al sud y, en tiempos más remotos, seguramente también a lo largo de la costa atlántica".

Metamorfosis racial y metamorfosis cultural, pues, en mi entender dos fases de una misma realidad. Temporalmente, ella ha de ser muy antigua a lo largo del cinturón ⁸, pero seguramente más reciente en el interior del continente.

Y con esto paso al otro enfoque, de índole teórica en lo fundamental, aunque esté abonado con ejemplos tomados del problema presente.

Ha de comenzar por una crítica al concepto, o por lo menos al rótulo, de "mezcla cultural" que se utiliza con tanta frecuencia para aludir a los procesos de aculturación. Ésta supone precisamente metamorfismo, es decir transformación de una cosa en otra, por ende verdadera mudanza física. Mezcla es sólo agregación, hasta diría yuxtaposición. El término es caro a la etnología, no obstante, y parece claro, que no siempre está en lugar del otro sino que traduce la

⁷ Excavaciones propias en compañía de Menghin en Ingeniero Jacobacci, Río Negro, y *cf.* Vignati, 1944; Schobinger, 1959).

⁸ He podido observar, a través de diapositivas, algunos cráneos de los exhumados por Bird en Magallanes, de alta antigüedad, y a mi juicio se trata ya —pese a ciertas peculiaridades— del tipo *Platistegoides*.

verdadera interpretación del fenómeno cultural. Así en la corriente histórico-cultural, por ejemplo, en la que llega a veces a extremos de rigidez difusionista casi conmovedores (cf. Keller, 1952). Personalmente, explico a través del mecanismo difusionista, a favor de cierto atavismo particular de muchas formas de cultura o bienes culturales, gran número de hechos (cf. 1964), pero del mismo modo o con el mismo calor suscribo la verdadera selección natural impuesta por los medios ecológico y cultural locales (cf. Meggers, 1957) —con mediación del TIEMPO—. De esta manera, las culturas correspondientes a estos pueblos marginales o metamórficos son tales, es decir verdaderas neo-culturas, plasmadas de las maneras más diversas en relación con el carácter de aquella o aquellas consideradas como originales y con el de ambas determinantes complementarias recién aludidas. Se tiene así un verdadero mosaico cultural, bien probado según he demostrado (Casamiquela, *in lit.* I) para una época reciente, es decir evocable a través de la herramienta etnohistórica.

Pero si nos hundimos en el tiempo, dicho mosaico cultural ha de modificar su fisonomía de mil maneras, según los momentos: es por eso que suelo hablar en las clases de biología de una especie de espiral de formas estiradas a lo largo del tiempo, en fin, de una suerte de cambiante caleidoscopio. Y he dicho expresamente “en biología” porque, en efecto, también la evolución biológica se produce de esa manera. Al propio Bórmida se agradece el único —que yo sepa— intento (1953-54) de trasladar el concepto al mundo cultural, y su ejemplificación a través de la evolución lingüística es perfecta. Lamentablemente, poco eco, o ninguno, despertó entre los antropólogos argentinos.

Aceptado lo dicho con respecto a los pueblos marginales, y siempre contando con la coordenada tiempo, es preciso generalizarlo a las formas culturales propias del interior del continente, las que por fuerza debieron sufrir algún grado de metamorfismo. Si se arguye que ellas, o algunas de ellas, son suficientemente antiguas (ciertas industrias líticas) como para que, en un continente casi vacío, no hayan tenido prácticamente posibilidades de contactos culturales prolongados, a mi vez señalo la segunda condicionante, que es la realidad ecológica, perfectamente válida por sí misma como causante de metamorfismo. Un metamorfismo cultural que por cierto no implica, en tales condiciones, obligadamente variaciones substanciales en las industrias líticas⁹.

Y con esto se llega a una distinción interesante: en una cultura, el desarrollo a través de contactos externos. La escuela histórico-cultural, por otro lado (cf. Schmidt y Koppers, 1940), parece haberlos separado claramente. En evolución biológica la primera variante tendría su equivalente en la “evolución rectilínea”¹⁰ de un conjunto de organismos. Idealmente podría seguirla, por ejemplo, a través de la evolución, en el perfil de una sola barranca circunscrita, de una población de pelecípodos a lo largo de algunos milenios. Y digo idealmente porque hay una dificultad (por lo menos): la de que es imposible demostrar que, en efecto, se haya tratado de una sola población; ¿cómo excluir la posibilidad de que en un momento, o varios, un cambio ecológico haya des-

⁹ Aludo al hecho de que ciertas industrias del interior de la Patagonia, de fisonomía arcaica (“protolítica” *sensu* Menghin), corresponden no obstante, en mi opinión a cazadores puros; *vide infra*.

¹⁰ U ortogenética; en este caso, la variante u orientación “mecanicista” por oposición a “vitalista”. Esta invoca principios metafísicos particulares, la otra sólo disposiciones estructurales, físicas, espaciales.

plazado a la antigua y ésta haya sido reemplazada por otra vecina, morfológicamente (algo) diferente? En el nivel superior inmediato la veríamos establecida en el lugar correspondiente a la otra y la secuencia rectilínea se habría falseado.

Volviendo al mundo cultural, pasaré a un ejemplo arqueológico equivalente. A la luz de lo dicho, ¿son casos de evolución rectilínea secuencias evolutivas como las rastreadas por Lanning en Antofagasta o Cruxent en Venezuela, en las que parece comprobarse *in situ*, en correlación con el cambio de las técnicas de talla, la atenuación del tamaño, el pasaje del uniface al biface, y aun del artefacto manual grosero al arma arrojadiza? Es difícil responder. Pero téngase presente que si la respuesta es afirmativa, el difusionismo a ultranza sufre un golpe decisivo. Y si es negativa, creo que lo sufre igual, ya que desde el momento *en que la transición (in situ)* sí es palpable, objetiva, de haber existido condicionantes culturales, o mejor industriales para el caso, tales industrias dadoras debieron ser numerosas y a su vez gradadas en el tiempo de manera (aparentemente) rectilínea. Aplíquese la idea del mosaico y el caleidoscopio y esto se entenderá mejor. La imagen de evolución rectilínea resta invicta; y personalmente me inclino a creer que del mismo modo resta invicto el concepto, y por ende que el proceso de evolución *in situ*, con mera determinante ecológica es real. Por lo tanto sería difícilísimo encontrar en el panorama de las industrias madres a los presuntos dadores de las influencias modificatorias. Obviamente secuencias como las antedichas no se producen a través de la mezcla de industrias o tradiciones, como las del hacha de mano, o de guijarros groseros, o de las puntas foliáceas, ni entre sí ni con otras de extracción ya neopaleolítica clásica. Y en cuanto a la determinante ecológica o mesológica, puestos los ojos en la edad inferible para los orígenes del cambio, pienso que ella pudo ser en parte simplemente la disminución en el tamaño de las presas: el reemplazo del mastodonte, el caballo, los desdentados del tipo del megaterio o del milodonte, etcétera, por el guanaco, el ciervo, el avestruz...¹¹

Claro que esto significa postular que los portadores de esas antiguas industrias "pre-puntas de proyectil" (para usar la terminología en boga), es decir industrias de fisonomía "protolítica", o "epiprotolítica" si se considera su retardo temporal (siempre *sensu* Menghin), eran —en el interior del continente por lo menos— verdaderos cazadores, cazadores de gran caza. Efectivamente, aunque no se han encontrado, que yo sepa, sus artefactos asociados con las presas, afirmo que lo eran fundamentalmente y que la caza menor y la recolección funcionaba como un complemento económico, el que incluso podía llegar a faltar casi del todo en ciertas áreas (como *verbi gratia* la Patagonia). Estos cazadores a pequeña distancia, o probablemente munidos de trampas y artificios de caza de toda laya —lo que podría explicar la ausencia de artefactos al lado de las presas, por lo menos si se trata de sitios de caza y no de campamentos— son para mí culturalmente grandes cazadores, a despecho de todas las aparentes contradicciones de índole teórica, y por ende los antecesores lejanos de nuestros modernos cazadores patagónicos. Lo he postulado también para los portadores de las industrias "epiprotolíticas" (Casamiquela, *in. lit.* II) del área pampeana argentina, emparentados genealógicamente con esos mismos cazadores patagónicos.

¹¹ Habría que agregar el ingrediente temporal de un cierto desfasamiento, es decir un retardo de las respuestas con relación a las influencias condicionantes.

Es que lo que hay que modificar, en cambio, es el concepto de grandes cazadores y por consiguiente el de Tehuelches. A pesar de Gusinde, los Onas (incluso los Haus) se movían en una atmósfera cultural de cazadores superiores, y sin embargo, apréciense la pobreza de su utilaje lítico y su régimen alimenticio híbrido, entre otras singularidades (*cf. Casamiquela, in. lit. I*). Claro está que se trata de un pueblo metamórfico, doblemente, pues sus condicionantes son ecológicas y culturales, pero es que todos los demás también lo son, de alguna manera o en alguna medida, según surge claramente de todo lo aquí discutido.

Y en cuanto a los Tehuelches, he sostenido en otra parte (*in. lit. II*) que sólo modernamente adquirieron la imagen de grandes cazadores puros, en lo social y espiritual y en lo material (a partir de un estadio semejante al de los Onas actuales, aunque la cultura material de éstos esté actualmente empobrecida), pero en realidad también esa fórmula encierra una falacia. Lo que sucede es que "Tehuelches" es un mero rótulo, el que como es natural se atomiza en el consabido mosaico, el que, a su vez, desciende en el tiempo a través de la consabida espiral caleidoscópica. Ahora pienso más bien que la imagen aludida es falsa y que su falsedad surge de un barniz conferido, a las etnias (o tribus) septentrionales por la difusión del caballo, en lo fundamental, y por su parcial asimilación a una economía mixta de pastores-cazadores nómadas. Correlacionadamente, acepto que éste no fue el caso de los grupos meridionales, o lo fue sólo muy tardíamente, hacia tiempos apenas anteriores al viaje de Musters. Porque en efecto, del relato del viajero inglés parece desprenderse una imagen cultural común para los Tehuelches Meridionales y para los Septentrionales (por lo menos las parcialidades orientales de éstos, los Quirquinchos que trató Moreno).

En otras palabras, y recapitulando —y volviendo poco a poco al tema central—, acepto ahora que el interior de la Patagonia estuvo poblado, a lo largo de todos los tiempos, por cazadores netos, aunque portadores de diferentes FORMAS culturales, cambiantes e interactuantes, hasta desembocar, en época reciente (hacia el año 0) en un patrón más o menos groseramente unificado, referible como "proto-tehuelche" y asimilable —didácticamente— a aquel presentado por los Onas Septentrionales históricos. Si pudiera hablarse de *facies* en ese mosaico, habría que aceptar una metamorfizante en el sur (Santa Cruz en general) y hacia la costa atlántica. En el sur, al contacto secular con los pueblos de recolectores y pescadores, dio origen a formas culturales derivadas, plasmadas de diferentes maneras; en tiempos históricos constituyeron los "pueblos marginales o metamórficos" reiteradamente aludidos.

Y en cuanto a los tiempos prehistóricos, permítaseme completar el tema con un breve análisis del panorama que surge a través de las excavaciones arqueológicas en la margen norte del Estrecho de Magallanes. Ya he dado *supra* la interpretación cultural de Menghin. La mía propia será extraída del análisis (si bien muy somero) de la secuencia arqueológica de la cueva Fell.

La industria del nivel inferior (I de Bird; XIII-XII-XI de Emperaire *et al*), denominada Toldense II por Menghin (1952) y desarrollada a lo largo del noveno milenio antes de Cristo, ha sido interpretada por todos los autores como representando a una cultura de cazadores superiores netos. No obstante, el hallazgo de por lo menos un bipolar típico, exhumado por Fell, *plus* ciertos rasgos más sutiles, como la presencia de corteza en muchos artefactos y cierta

tosquedad (en comparación con el Toldense I y el Casapedrense de Menghin, por ejemplo) cambian radicalmente la fisonomía y por ende la extracción cultural; a lo primero parece haber aludido Menghin cuando menciona "rasgos riogallegoides" (cf. *supra*): para mí se trataría de un "pueblo metamórfico", aunque con énfasis en una economía de cazadores. Ya he aludido al bipolar en cuestión *supra*, el que lleva el número 72 de las colecciones de John Fell (ahora depositadas en el Museo de la Patagonia, en Punta Arenas); quizá sea el mismo aludido por Empeaire *et al.* (1963, 175) como "un pequeño instrumento de forma cuadrangular...", en cuyo caso, mal interpretado. En cuanto a las presas, estarían constituidas por *Mylodon*, caballo fósil y guanaco... al lado de zorro colorado (*Dusycion*), cururo (*Ctenomys*), aves. Y aquí cabe una pequeña digresión.

Tanto zorros como cururos, ratones, zorrinos, pumas, y aun probablemente los caballos fósiles, fueron y/o son moradores, ocasionales por lo menos, de las cuevas y oquedades; en lo que a las aves respecta, las hay también cavernícolas como los lechuzones y lechuzas, o bien pueden ser ocasionalmente llevadas en carácter de presas por los zorros. Como ni de las excavaciones o análisis de Bird, Fell, o Empeaire *et al.*, ni tampoco del análisis especial de Reichlen (*in Empeaire et al.*), surge con claridad si se trata de restos de estos moradores naturales de las rocas, o de presas aportadas por el hombre, o cazadas *in situ*, se hace sumamente difícil el extraer conclusiones culturales. A pesar de la ausencia de huellas de despostado o comida en los huesos de estos animales (mientras sí las hay en aquellos de los grandes mamíferos) y de la presencia de sólo un fragmento de costilla de zorro con huellas de fuego (Reichlen), voy a aceptar, a título tentativo y en consonancia con las interpretaciones anteriores, que estos animales figuraban allí igualmente en categoría de presas, lo que por consiguiente hablaría otra vez a favor de una economía en cierto grado mixta, o en otras palabras en contra de un régimen puro de grandes cazadores. Recuérdese que los Tehuelches del último momento histórico prácticamente sólo se nutrían de guanacos y avestruces, que ignoraban los pájaros y despreciaban al zorro. Y sin embargo, enfriaba un poco el entusiasmo el enterarse de que la presencia de esta fauna menor se continuaba en la cueva hasta ayer mismo, ya en tiempos del reinado de la oveja. Bien, pues, el repudio hacia la carne de zorro, por ejemplo, es una moda recentísima de los Tehuelches (Meridionales Australes), bien la interpretación cultural es desacertada. De un modo u otro, es preferible llegar a ella a través del análisis estrictamente ergológico.

En la capa siguiente (II de Bird) ha desaparecido la fauna pleistocena, y el guanaco, *fide* Bird, se ha hecho muy raro. La comida, para él, sería fundamentalmente a base de aves (no sé si el avestruz incluido) y zorros, de lo que se deduce un cambio cultural neto. No obstante, Empeaire *et al.* no lo confirman; su capa X encierra guanaco, zorro, puma, aves, y sólo faltan el cururo y un ratón (*Oryzomys*). En fin, ha desaparecido el milodonte, pero resta aún el caballo —que llegará epigonalmente hasta la capa IX. Pese a todo, parecen confirmar la interrupción en la secuencia evolutiva de la industria, con respecto a la cual apuntan: "...con excepción de un raspador, no comprende más los útiles típicos de los niveles antiguos ni tampoco aquellos de los niveles superiores. Es pobre y caracterizada sobre todo por gruesos útiles sobre núcleos." Sea exacto el predominio de los artefactos en hueso, como in-

terpreta Bird, o no lo fuere (como sugieren las excavaciones de los Empeiraire y de Fell), lo cierto es que el aspecto de la nueva industria se ha hecho netamente riogallegoide: continúan los artefactos con restos de corteza y son grandes y toscos. Desde el punto de vista cultural, traducirían la presencia de un segundo pueblo metamórfico, esta vez quizá con énfasis en la caza menor. En este contexto, de ser exacta la observación de Bird (no confirmada por los demás investigadores) en cuanto a la disminución del guanaco, no sería necesario explicarla a través de la retracción de esta especie hacia el norte; por el contrario, habría atenuación de la caza, la que respondería simplemente al patrón cultural de los nuevos moradores de la cueva.

No voy a extenderme más. Los niveles superiores narran, a mi entender, la continuación de la misma historia, la que se supone termina en la industria de los Tehuelches Meridionales (Australes; cf. Casamiquela, 1965; 1967; *in lit.* I), PERO SIN PERDER POR ELLO SU FISONOMÍA ARCAICA, PESADA, riogallegoide en suma. Ni siquiera habrá desaparecido la tradición de la retención de corteza en los artefactos.

Y si esto es así, y la historia es la historia de una secuencia evolutiva bastante normal de la región, reflejada en términos generales en dicha cueva, ¿de dónde proviene la impresión de cambio abrupto que, en por lo menos dos o tres momentos (niveles) ella produce en los arqueólogos? Aparte de la posibilidad de interpretaciones parcialmente erróneas, según acabamos de ver, entiendo que, fundamentalmente, de los cambios radicales en la morfología de las puntas. Y es precisamente por ello, para no sumergirse junto con el lector en esa cortina de humo, es que cuidadosamente he evitado su tratamiento. Nunca me convenció la tradición norteamericana de utilizar como guía clasificatoria casi exclusivamente a la morfología de las puntas, con toda probabilidad mucho más susceptibles de variación que los restantes artefactos o bienes muebles de la cultura. En la secuencia estudiada no les doy importancia especial y me remito, como se aprecia, a la fisonomía global de las industrias. El tiempo dirá cuán desviado estoy de la verdad de la historia patagónica austral que intentan contarnos los sedimentos de la cueva Fell, generalizable en gran medida, según parece, a las restantes de esa zona.

Precisamente —y vaya a manera de segunda conclusión fundamental, si bien derivada de la anterior— un prehistoriador, Menghin, ha querido ver en una de ellas, la célebre "caverna del *Mylodon*", la presencia de un estrato temprano de recolectores y cazadores inferiores (con industria lítica riogalleguense y artefactos óseos), anterior en realidad a la secuencia que venimos de analizar. Fuerza es aceptar ahora, a la luz de lo dicho, que su gravitación, anterior o aun contemporánea con la otra, es muy coherente con la atribución de un carácter metamórfico a la industria de la ocupación más primitiva de la cueva Fell. Claro está que, si bien no tiene nada de extraordinario que estos cazadores inferiores cazaran milodontes (Menghin), tampoco es posible descartar YA fueran metamórficos, en el sentido aquí expuesto; por lo pronto, dada la presencia de facies riogalleguenses en el norte de la Patagonia es prácticamente seguro que la industria tiene antecedentes septentrionales arcaicos.

OBRAS CITADAS

- BERD, J. 1938. *Antiquity and migrations of the early inhabitants of Patagonia*. Geogr. Review, XXVIII, 2.
- 1946. The archaeology of Patagonia. In Handbook of South American Indians, I. Smith. Inst.
- BÓRMIDA, M. 1956. Cultura. y ciclos culturales. Ensayo de etno'ogía teórica. Runa, Arc. Cien. Hombre, VII, 1.
- 1953-54. Los antiguos Patagones. Estudio de craneología. Runa, Arc. Cienc. Hombre, VI.
- 1960. El epiprotolítico epigonal de la pampa bonaerense (La industria de La Montura, Provincia de Buenos Aires). In Jornadas Internacionales de Arqueología y Etnografía, 2. Buenos Aires.
- 1960. Investigaciones paleontológicas en la región de Bolívar. Gob. Prov. Bs. Aires, Comisión Invest. Cient., Bol. I, La Plata.
- 1962. El Jabaliense, una industria de guijarros de la Península de San Blas, provincia de Buenos Aires. In Trabajos de la Historia Primitiva del Hombre, Univers. Madrid.
- 1965. Prolegómenos para una arqueología de la pampa bonaerense. Prov. de Bs. Aires, Min. Educ., Dir. Cultura, Dir. Bibl., Mus. y Arch. Hist., La Plata.
- CASAMIQUELA, R. M. 1964. Estudio del ngillatún y la religión araucana. Cuadernos del Sur, Inst. Hum. Univ. Nac. Sur. Bahía Blanca
- 1965. Rectificaciones y ratificaciones. Hacia una interpretación definitiva del panorama etnológico de la Patagonia y área septentrional adyacente. Cuadernos del Sur, Inst. Hum. Univ. Nac. Sur. Bahía Blanca.
- 1967. Algunos datos nuevos con relación al "panorama etnológico de la Patagonia". Etnia, Rev. Mus. Etnogr. Municipal Dámaso Arce, Olavarría, Bs. Aires, 5, art. 28.
- in. lit. I. Alacalufes, Canceros Occidentales y pueblos marginales o metamórficos. Nota crítica. (En prensa in Rev. Latinoam. Sociol. Bs. Aires.)
- in. lit. II. Un nuevo panorama etnológico del área pan-pampeana y patagónica adyacente. Pruebas etnohistóricas de la filiación tehuelche septentrional de los Querandies. En prensa in Bol. Mus. Nac. Hist. Nat., Santiago.
- EMPERAIRE, J., LAMING EMPERAIRE, A. y REICHLIN, H. 1963. La grotte Fell et autres sites volcaniques de la Patagonia austral. Jour. Soc. Amer.
- KELLER, C. 1952. Introducción, in J. T. Medina: Los aborígenes de Chile. Santiago.
- MEGGERS, B. J. 1957. Environment and culture in the Amazon basin. An appraisal of the theory of environmental determinism. In Studies in Human Ecology. Anthropol. Soc. Wash., Social Sci. Monographs. Pan American Union, Washington.
- MENGIN, O. A. 1952. Fundamentos cronológicos de la Prehistoria de Patagonia. Runa, Arch. Cien. Hombre, V.
- 1957. Das Protolithikum in Amerika, Acta Praehist., I. Bs. Aires.
- 1960. Urgeshiochte der Kanuindianer del südlichsten Amerika. Festschrift f. Lothar Zotz. Steinzeitfragen der Alten und Neuen Welt. Bonn.
- SANGUINETTI DE BÓRMIDA, A. 1965. Dispersión y características de las principales industrias precerámicas del territorio argentino. Etnia, Rev. Mus. Etnogr. Municipal Dámaso Arce, Olavarría, Bs. Aires, 1.
- SCHMIDT, W. y KOPPERS, W. 1940. El método histórico cultural. Áreas culturales y su desarrollo en el Viejo Mundo y Sud-América. (In Völker und Kulturen, trad. Aureliano Oyarzun). Publ. Inst. Cultural Germano-Chileno. Santiago.

- SCHOENBERG, J. 1959. Esquema de la prehistoria argentina. Ampurias, XXI. Barcelona
- SERRANO, A. 1968. El precerámico en la República Argentina y países vecinos. Univ. Nac. Córdoba, Inst. Antrop. Córdoba.
- VIGNATI, M. A. 1927. Arqueología y antropología de los "conchales" fueguinos. Rev. Mus. La Plata, XXX.
- 1934. Resultados de una excursión por la margen sud del río Santa Cruz. Notas Prel. Mus. La Plata, II.
- 1944. Antigüedades en la región de los lagos Nahuel Huapi y Traful. Notas Mus. La Plata, IX, Antrop. 27.